

Las manos

Reportaje por Patricia Nieto

Fredy Serna descubrió de golpe la ciudad y en ella la sustancia de su obra.

Medellín es también obra suya.



Cuando la última casa corone el pico más alto de la montaña nororiental, la comuna se compacte como un rompecabezas completo, y los urbanistas presagien la muerte de Medellín, José Fredy Serna estará feliz porque por fin la ciudad

habrá terminado de echar color sobre un lienzo verde que estaba ahí desde el principio de los tiempos.

Saturada de ladrillos, surcada por caminos de pavimento, florecida de luces de neón, unida por puentes rastreros y elevados, cortada por una línea del Metro, y agitada por el tránsito de los millones que vivirán allí, la ciudad habrá reemplazado el verde milenario por el gris, y la pasividad de las mulas que todavía trepan a lo más alto, por la velocidad del automóvil. Un paisaje completo se posará frente a la ventana de Fredy, quien desde hace 25 años asiste a la transformación de la montaña que está al otro lado del río.

Cada vez que mira, la ciudad nororiental es otra. Esta mañana una densa neblina cubrió rojos y amarillos, y dejó caer sobre esa tierra la melancolía que produce a veces el frío. Anoche, la visión de las luces titilantes era perfecta y aquella claridad le permitía a Fredy seguir, por sus bombillas, a los buses que tomaban el viejo camino a Guarne. Ahora el sol cae inclemente sobre el paisaje. Parece que el calor acortara la distancia porque la ciudad de allá se siente

Pregunta materialista: ¿a cómo estamos hoy?

próxima, se distinguen los muros azules y las iglesias blancas, y es posible seguir con la mirada los carros que se descuelgan por las lomas.

Cada una de esas visiones se fijan en su mente como si fueran retratos. Y luego, con ellas bien talladas en la memoria, se encierra en el tercer piso de su casa a poner sobre la tela la ciudad de enfrente y que es gemela de la que él pisa. El estudio del pintor no es más que una pequeña pieza levantada en la terraza que el papá –campesino salido de su natal Alejandría hace 33 años porque la tierra se secó– reservó para seguir mirando el sol y contemplando los azules del cielo en verano, y de la que el hijo se apoderó para ver y pintar el paisaje que le es propio, el de la ciudad.

Duerme en lo alto del taller –en el cuarto piso de la casa si se quiere– en un rincón, lleno de libros y casetes, que él mismo construyó con muchas ventanas, como televisores, para que la luz entre por donde quiera, con el color que le plazca, a la hora que la naturaleza la mande. Si el sol no lo despierta los sábados, lo hace su reloj despertador programado para que lo saque de los sueños.

Brinca de la cama, abre otras ventanas, y desciende a prisa por una escalera de madera, empinada y estrecha. Queda parado sobre el cemento y exactamente frente a su nuevo cuadro. Su cuerpo está apenas cubierto por unos tenis viejos y una pantaloneta ancha y larga. Y su mano ya empuña una brocha empapada de azul. La danza con la tela empieza, con música o sin ella, y nadie sabe a qué hora terminará.

Fredy tiene el cuerpo débil, así se le ve mientras pinta. Las piernas un poco curvas, los huesos de la espalda mostrándose con cada movimiento del brazo, y la cabeza menuda moviéndose de arriba abajo, según la brocha suba o baje, como al ritmo de la batería. Es experto en acrílico sobre tela y la maestría se le nota al mezclar, al preparar la pintura, al mover la espátula, al untar la brocha, al pasarla con fuerza sobre la superficie que ya a esta hora es una confusión de trazos.

La puerta del taller queda cerrada y asegurada por dentro mientras que Fredy pinta. Afuera la vida sigue igual. Las macetas florecidas en lo que queda la terraza, las escaleras estrechas y recién trapeadas para llegar al segundo piso donde reverberan las doce personas que comparten casa con el pintor. Es sábado y ya todos lo saben porque Fredy está pintando tela y doña Carmen, la mamá, preparando sancocho para el almuerzo, como cada ocho días, y frijoles para la comida, como todas las tardes desde que era una niña y

aprendió que así se comía el sábado, ese extraño día de mucho trajín y algo de descanso casi siempre soleado y oloroso a mandarina.

La música romántica sale desde la habitación de atrás, donde las muchachas trapean y avientan jabón, pasa por la cocina que huele a cominos y cebollas, se mete por los pasillos donde los sobrinos escriben las tareas, y frena en la sala donde el papá –tendero de oficio– descansa un rato apoltronado sobre una silla de tela roja, solitario, en medio del bullicio de una familia extensa y todavía en crecimiento. Al frente, a la derecha, a la izquierda, y por detrás –como si fueran ventanas– tiene los cuadros en que Fredy le muestra cómo es Medellín, la ciudad que quiere a pesar de que ya se ha tragado a decenas de amigos y a un hermano, y que de tanto comprender ha elegido como la tierra para plantar su casa y su vida.

De la sala a la calle –ese camino peligroso que Fredy intentaba salvar cuando apenas era un niño– queda todavía otro tramo de escalas trapeadas. Es preciso correr el cerrojo de la puerta para caer en el pavimento caliente de la calle 101, a media cuadra de la esquina con la 72a en pleno Pedregal. Ese era el cruce que marcaba el territorio posible para Fredy cuando apenas empezaba a descubrir que los pedazos de ladrillo servían para pintar.

El pavimento fue el primer lienzo de Fredy y sus amigos, porque entonces todos eran pintores. Hombres fuertes y buenos mozos, como soldados americanos, fueron las primeras figuras de gran tamaño que aparecieron sobre la calle. Casi siempre la lluvia las desaparecía, o el paso sucesivo de carretas cargadas con arena para las casas que crecían más arriba, las borraba.

Por estar tirados contra la calle los niños de Pedregal no veían la ciudad que se levantaba al frente con nombres enigmáticos: Guadalupe, Moscú, Granizal, Las Granjas. Pasaban las mañanas rescatando muñecos inservibles de los basureros, estripando cucarachas, y llevando a los corrales la comida para pollos y marranos que criaban en muchos solares. Las tardes las dedicaban a viajar en carros de rodillos, a vender paletas y velitas, y a rayar el piso con pedazos de teja y trozos de yeso que caían de los marcos de los espejos viejos.

Sólo uno de los pintores de Pedregal perseveró en el oficio. El hijo de doña Carmen comenzó a sentirse artista cuando se comprobó inmune a las voces que le obligaban a ser mejor matemático que pintor, mejor biólogo que constructor de objetos inútiles. Se rebeló hasta tal punto, que en la casa, la cuadra y el colegio terminaron por considerarlo artista antes de que él lo decidiera.

¿Y por qué ponen juntos el sexo y la violencia?

Carmen aprendió a mirar, con ojitos claros y limpios de reproches, a las mujeres desnudas que Fredy fabricaba con el barro, los vecinos aplaudían las inmensas figuras de navidad que dejaba en el piso en cada diciembre, y el colegio de Castilla lo recibió como a un prometedor artista desprovisto de cualquier interés académico. Así se graduó, y si no hubiera decidido estudiar artes plásticas, el mundo entero le habría caído encima, de un solo golpe. Andaba asistiendo a las clases de la Nacional, viajando entre Pedregal y la universidad en buses de Castilla, montando en bicicleta por las calles de su barrio, haciéndole una prolongada digestión a los impresionistas que de tanto verlos, leerlos y pensarlos le impidieron pintar durante un año y medio, cuando sus ojos escondidos debajo de su frente, se fijaron con interés renovado en la comuna nororiental.

Su primera pintura –de esta nueva fase que lo lleva a salones nacionales y le da premios– surgió de esa visión. Y de ahí, todas las demás. La ciudad vivida, re-sentida, con cielo, sin fondo, y bermeja ha aparecido en cuadros de



inmensas proporciones que salen del diminuto taller construido sobre una terraza de Pedregal. Se van calle abajo, montadas en el camión del vecino, y llegan a las salas de exposiciones de Medellín, donde Fredy las dispone de modo que digan, de manera que impacten. Las deja solas, y se va a caminar su barrio, a pogear en

las bodegas de Castilla, a presumir ante sus amigos porque ha descubierto que es la única manera de huir un poco de su destino de artista. Neutraliza los comentarios de los amigos con alguna impertinencia y se da el lujo de seguir bailando como uno más, sin perder su condición de rey.

Cuando amanece, después de una noche de rumba, el rey queda sumido en profundas reflexiones. Ya sabe que las fortalezas de su castillo son el talento, la inteligencia, la suerte, y es consciente de que sus ojos necesitan descubrir mucho más en esa pintura viva que la ciudad le puso frente a los ojos, para

que el arte que sale de sus manos se reviva cada día. Ya empezó a ver señales de ciudad escondidas en los recovecos de las calles. Cruces talladas en las esquinas, navidades pintadas en los postes, flechas que indican algún rumbo son nuevas motivaciones para los cuadros que vendrán.

El camino del pintor apenas se dibuja. Sale de la calle 101 de Pedregal que es fuente de su arte, y se extenderá hasta donde la vida quiera –sin prisas, sin angustias–, lo llevará seguramente al museo del Prado donde está seguro que soltará una lágrima, y después de otras andanzas lo regresará a casa, porque sabe –así lo ha dicho– que su hogar es Medellín, su barrio, su terraza.

Julio de 1996